

## MAUPASSANT

por Remy de Gourmont

Durante los diez últimos años de su vida, Maupassant tuvo a su servicio a un hombre excelente, inteligente y discreto, llamado François. No tan discreto para no haber captado muchos detalles apreciables sobre la vida de su amo, pero sí lo suficiente para divulgar solamente lo que podía contarse en voz alta, sin perjudicar en nada, más bien al contrario, la memoria del escritor. Nos recuerda a uno de esos sirvientes que aparecen en las antiguas novelas, a la vez criados y amigos de sus amos, capaces de dar un buen consejo o de tener una iniciativa feliz. Mayordomo, cocinero, compañero de viajes, François no es un cualquiera; leyó no pocos libros, conoce bien la obra de Flaubert y ha viajado mucho y observado a los hombres. Yo creo que podría ocupar perfectamente la posición de muchos amos. Yo he leído su libro de memorias sobre Maupassant y lo he encontrado muy agradable, escrito con medida, con sencillez, sin nada que recuerde a la mala literatura. Es un documento que permanecerá para siempre y que consultarán siempre con placer y con provecho los lectores de uno de nuestros más perfectos cuentistas. No hay nada de excepcional en esas páginas, los hechos cotidianos de una vida de trabajo alternada con numerosos desplazamientos. El libro nos pasea desde Fécamp, donde Maupassant tenía una casa de campo, hasta Cannes, donde vivía su madre, por Argelia, por Italia, según el humor vagabundo del escritor que paseaba un poco al azar su melancolía y sus presentimientos. En esos últimos años, Maupassant no viaja, se desplaza de un lugar a otro como un pintor en la búsqueda de paisajes y puntos de vista; busca impresiones nuevas para sus novelas, que sin embargo no consigue variar mucho, pues el decorado de una novela es algo poco importante y lo mejor es lo que se conoce bien y no lo más raro. Fue cuando no conocía más que París y su Normandía cuando escribió sus obras maestras. Y además, en el último periodo de su vida, había perdido casi por entero las cualidades sobre las que reposa sólidamente su talento, el buen humor y el verbo cómico. En sus primeros cuentos, Maupassant domina su obra, de la que es por completo dueño. Al final de su vida se aprecia que la obra lo domina a él, que le pertenece y que no mira ya con esa serenidad irónica, con esa libertad, que constituían su fuerza. Se trata de una evolución muy curiosa, casi dolorosa de seguir: poco a poco se va sepultando bajo sus creaciones y su personalidad desaparece. No es en *Notre Coeur* donde hay que buscar al auténtico Maupassant, sino en *Boule-de-Suif*, en *la Maison Tellier*, en todas esas divertidas y maravillosas historias que alcanzan y sobrepasan el arte de los contadores italianos. Yo he vuelto a leer, no hace mucho tiempo, *la Maison Tellier* y he tenido la impresión que era de Molière, sencillamente. Hay que considerar esa historia, un poco atrevida, por lo que fue realmente en el ánimo del autor, una broma del gusto del *Médecin malgré lui* o de *M. de Porceaugnac*. Visto así, ese relato, un poco dudoso de entrada, es de una comicidad admirable. La inconsciencia de la matrona, sus grandes aires, la escena del vagón, la de la iglesias, su alegría a la vuelta, todo el relato es de un arte molerresco por excelencia, pero donde no se encuentra la menor huella de imitación. Es evidentemente lo mejor

que ha dado la literatura naturalista, que siempre ha encontrado en lo cómico sus mejores inspiraciones, y cuyas obras maestras son incuestionablemente *la Maison Tellier*, *A vau l'eau* de Huysmans, y ese enigmático *Bouvard et Pécuchet* de Flaubert, que por otra parte domina y representa, por encima de esas dos obras perfectas, pero breves, la gran comedia emocionante y cruel. Lo que distingue lo cómico naturalista de lo cómico a lo Molière, es que el primero está impregnado de sensibilidad. Molière es seco e implacable salvo en sus desenlaces, bastante insignificante; los otros dejan filtrar un sentimiento de piedad que añade a su obra no sé qué inquietud. El Sr. Folantin, en *A Vau-l'Eau*, es tan lamentable como cómico. No es sin emoción como se oye llorar, durante la comunión, a las niñas de *la Maison Tellier*. En cuanto a los dos hombrecillos de Flaubert, sus perpetuos desengaños sobrepasan lo cómico y hacen reflexionar melancólicamente.

La reputación de Maupassant aumenta tanto como decrece su talento. Suele ser lo común. Los escritores encuentran en ello cierto consuelo en la vejez, si es que llegan a ella. Es también en ese momento cuando afluyen a su alrededor las mujeres, las que no pueden comprender la literatura más que tocándola con sus manos y sus labios. ¡Ah! La Iglesia inventó la comunión para ellas. Necesitan al maestro en especies, no las del espíritu sino las de la carne, y a veces añaden la sangre. Vendrán pues y comulgarán tan abundantemente del Sr. de Maupassant que a veces los desplazamientos de éste no tienen otra causa que no sea la huida. François es bastante discreto sobre las aventuras amorosas de las que fue testigo y, aunque se diese cuenta perfectamente del daño que las mujeres infligían a Maupassant, no tiene palabras amargas salvo para una gran dama rusa que tuvo una influencia bastante lamentable sobre el estado de su sistema nervioso. Hacia el final de su vida, ya solamente frecuentaba la alta sociedad de los ricos cosmopolitas, y fue en ese medio donde hacía sus conquistas y del que también era presa. Estaba orgulloso de ello y, poco a poco, llegó a tal grado de vanidad que despreciaba a todo el mundo. Sobre la mesa de su salón, en París, no tenía más que un libro, *l'Almanach de Gotha*, que contiene, como es sabido, la filiación de todas las casas soberanas y principescas de Europa. En ese momento, era amado por una alteza, él, el antiguo funcionario de un ministerio, el antiguo remero de la Grenouillere, y su vanidad, más que su corazón, probablemente, estaba siendo demasiado halagada. Su maestro Flaubert había acabado por sufrir el contacto de la tontería, hasta el punto que se había enclaustrado en su habitación y en su jardín de Croisset. Maupassant la soportaba alegremente, la buscaba, prueba de que su sensibilidad estaba muy embotada. El traje rojo estaba entonces muy de moda entre los jóvenes dandis; Maupassant, que no estaba ya en la primera juventud, se vestía el traje rojo y tuvo la idea de hacerse pintar de ese modo, con la mano sobre su *Gotha*! Al menos se le presentó así vestido a Huysmans una noche. No hablaba más que de cenas, de recepciones mundanas, de balnearios y de la Costa Azul. ¿Se trata de una evolución natural o hay que hacer responsable de ello a los trastornos cerebrales de los que pronto iba a ser tomado por el abrazo mortal? Esta última hipótesis es la más probable. Él ya no era dueño de sí mismo, no tenía fuerzas para reaccionar contra las tentaciones vulgares, a fuerza de ser demasiado distinguidas. La vulgaridad, por otra parte, siempre había estado en el fondo de ese inteligente muchacho, pero sin auténtica cultura, y su obra se resiente mucho de ello. Frecuentemente, la supera por su buen humor, pero al menor desfallecimiento ella reaparece, lo envuelve y lo sumerge. Es por lo que no hay casi nada que pedirle aparte de la vena cómica. Sus novelas de pasión mundana, aunque sean de una lectura agradable, son bastante superficiales y casi tan arbitrarias como las del Sr. Bourget. Se aprecia demasiado que escribe para una clientela pero no disfruta escribiendo. Esas novelas se desarrollan en un medio que ha conocido muy tarde y del que es víctima,

aunque sea un buen observador. Ninguno de esos últimos libros tiene la menor oportunidad de perdurar, pero de sus cuentos se harán tiradas en uno o dos volúmenes muy buenos, uno de historias un poco atrevidas, el otro de los relatos más moderados, que se transmitirán eternamente. Pero el momento aún no ha llegado. Uno puede todavía leer toda la obra de Maupassant.

Remy de Gourmont

Extraído del libro *Promenades Littéraires. Souvenirs du Symbolisme et autres études*.  
Mercure de France, París, 1927 (páginas 143 a 148)

Traducción de José M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>